

POR QUÉ SOY CATÓLICO Y LIBERAL Y ME RESISTO A SUS CONSECUENCIAS*

Ernesto Rodríguez Serra

Catolicismo y liberalismo forman parte de un proceso histórico fundamental. El catolicismo, particularmente en el mundo occidental premoderno y hasta hoy entre nosotros, señala en su enseñanza un camino, una Verdad y una promesa de felicidad. El liberalismo, en su sentido más amplio, aparece cuando el hombre moderno quiere asumir con autonomía sus opiniones filosóficas, sus preferencias políticas y sus decisiones económicas. Surgió así un conflicto. Hasta avanzado el siglo XX, el liberalismo fue condenado por la Iglesia católica o se lo tuvo por sospechoso de relativismo. ¿Se ha superado ese conflicto, se está superando o es insuperable? En esta conferencia se intenta desarrollar este encuentro o desencuentro.

Para el autor, el catolicismo sería una experiencia trascendental e imborrable con lo absoluto, a través de Cristo y su Iglesia. Pero esta mediación arriesga perder ese horizonte y conformarse con la sensación de estar en la Verdad. El liberalismo, o lo que se prefiere llamar una actitud liberal, sería el gran intento de los tiempos modernos por recuperar la autonomía del pensamiento, de la libertad social y política y de la economía. Pero éste, a su vez, puede caer en la

ERNESTO RODRÍGUEZ. Profesor de la Universidad Católica y de la Universidad Diego Portales. Coordinador de Extensión del Centro de Estudios Públicos.

* Conferencia dada el 28 de mayo de 2003 en el marco del ciclo “¿Se Puede Ser Liberal y Católico?”, organizado por el Centro de Estudios Públicos. En esta misma edición se publican las conferencias de Alejandro Vigo, Óscar Godoy A., Antonio Bascuñán, Leonidas Montes, Joaquín Fernandois y Pablo Ruiz-Tagle.

desmesura, en un fatalismo de la libertad y en un afán de reducir esa autonomía al libre juego del mercado o de las opiniones.

En medio de esas dos grandes opciones, junto con reconocerlas y pertenecer a ellas, el autor propone sostener una permanente resistencia ante las “explicaciones” que un catolicismo y un liberalismo autocomplacientes podrían ofrecer. Habría que ir contra la corriente, intentando experimentar la esencia del cristianismo, a pesar de su simplificación en la teología tradicional, la invocación a los valores y la llamada “pastoral”. Al mismo tiempo, ir contra la autocomplacencia de la democracia y del capitalismo-socialismo, para recuperar la creencia en la bondad del mundo y la resistencia frente a sus simplificaciones, como el llamado neoliberalismo y el permisivismo, frente a una claudicación en la que todo vale lo mismo y en consecuencia, nada vale.

En primer lugar, quiero pedirles disculpas por haber puesto un título en primera persona del singular. No me resistí a ponerlo, en verdad, porque primero lo que voy a dar es una visión muy parcial; parcial porque es limitada en cuanto a su alcance y parcial porque está deformada por mis propios prejuicios y puntos de vista. Y segundo, porque creo haber tenido una experiencia real de primera mano con lo que es la fe cristiana, específicamente la católica, y he tenido un largo conflicto con ella. Y en tercer lugar, porque por temperamento he sido siempre un libertario, instintivo, muchas veces un insolente más que un tolerante liberal. Sólo de los años 70 a 73, en que se derrumbó la democracia chilena, he sido más abiertamente un liberal. Valgan, pues, estas explicaciones para un título en primera persona, que a primera vista aparece pretencioso y arrogante.

El esquema que voy a mantener en mi exposición es más o menos el siguiente. Voy a tratar, primero, de señalar en grandes rasgos la experiencia cristiana, y específicamente católica, y, luego, lo que hay en ella que me hace resistirla. Intentaré hacer lo mismo con el liberalismo, señalar lo que comparto y lo que rechazo. Al final, si tenemos tiempo, acentuaré lo que entiendo por resistencia, porque la resistencia es lo que nos defiende de toda militancia. Vivir es al mismo tiempo querer y resistir.

“La tontera, esencialmente, milita”, dice un pensamiento del pintor francés Bracque.

Digamos entonces, para comenzar, que el mundo empezó a dejar de ser católico hace mucho tiempo. Es un proceso lento o rápido, pero ininterrumpido, si ustedes quieren, confirmado por las últimas encuestas del censo en nuestro país. El mundo comenzó a dejar de ser católico desde el

principio de los tiempos modernos y, sin embargo, el catolicismo tiene una persistencia indiscutible, indesmentible. Quiero sólo señalar el hecho de que el mundo está dejando de ser católico y que el catolicismo, sin embargo, persiste.

Como hombres modernos, hemos todos, implícita o explícitamente, de buenas o malas ganas, aceptado el liberalismo en sus concreciones más directas que son la democracia y el capitalismo. Podríamos también hablar del socialismo, como un compromiso entre democracia y capitalismo; pero ese socialismo liberal y democrático, rico en matices y contradicciones, no es el tema central en que nos quisiéramos quedar hoy día.

De tal manera que se ha establecido entre el catolicismo y el liberalismo una convivencia que a primera vista nos parece hoy día absolutamente natural; otras veces nos parece incompatible. A veces pensamos que sólo la comodidad, la ignorancia, o la mala fe hacen posible que coincidan visiones del mundo aparentemente tan distintas.

Entonces ¿de qué estamos hablando? Concentrémonos en el catolicismo, del modo más breve posible. El catolicismo tiene una identidad muy precisa y definible. Es un cuerpo y un cuerpo tan estructurado que uno puede decir, “yo soy católico” o “yo no soy católico”. Decían los jesuitas, pero podría decirse de todos los religiosos, que si les entregaban un niño, ese niño sería para siempre, lo quisiera o no lo quisiera, un católico. Se puede perder la fe católica, pero es muy difícil abandonar sus reflejos psíquicos. Es una identidad muy fuerte, aunque uno quiera negarla y es una identidad que de alguna manera nos acompaña para siempre.

Si tuviéramos que encontrar algo parecido, diría que otra identidad muy fuerte es la judía. Un judío es judío aunque no quiera serlo, aunque se aparte de su medio, incluso aunque se convierta y se haga cristiano. No es lo mismo, me parece, ser un español católico que un judío católico. Sin embargo, la identidad católica no está, a diferencia de la judía, marcada por la pertenencia a una raza o a una cultura perseguida. El catolicismo tiene una doctrina, un *corpus* y tiene la pretensión de ser válido, no sólo válido, sino que, más aún, verdadero; verdadero para todos y para todos los tiempos. Nunca se vio en la historia una pretensión y una persistencia semejantes. Nunca dio tanta sensación de pertenencia y de seguridad a tantos y, al mismo tiempo, nunca dejó de ser una pesadilla obsesiva para otros tantos.

En mi vida de trabajo he encontrado a quienes reconocen en su fe católica una seguridad y confianza que no los abandona en ninguna instancia, y también a quienes dicen haber experimentado una opresión aniquiladora: un principio de infierno en la tierra, una pesadilla de la que quisieran despertar para siempre.

¿Por qué no intentamos, entonces, caracterizar en su esencia la experiencia cristiana? Voy a tener como guía a un pensador decisivo de nuestro tiempo, que fue Heidegger. Heidegger, como ustedes saben, nació y se formó en una cultura absolutamente católica, hasta alcanzó a estar un tiempo en un seminario católico, pero, me parece, que el Heidegger posterior al quiebre, al giro que tiene su pensamiento de los años 30, vuelve a estar lleno de resonancias católicas que un lector atento percibe rápidamente, de resonancias que un filósofo contemporáneo que lo quiere y lo abomina al mismo tiempo, Sloterdijk, llama “resonancias cripto-católicas” del pensamiento heideggeriano.

Cuando Heidegger quiere, en la “Carta sobre el Humanismo”, caracterizar la esencia del humanismo cristiano, dice que es aquel que afirma que el hombre ha escuchado a través de Cristo el llamado del Padre. Esta formulación heideggeriana la compartiría el mejor teólogo.

Agrega Heidegger que el reino que propone el cristianismo no es de este mundo, y, sin embargo, tiene lugar su preparación, diríamos su vigilia, en este mundo. En un sentido, el cristianismo rompe la concepción circular del tiempo antiguo, en cuanto señala a otro tiempo que está más allá. Por primera vez se introduce en el tiempo antiguo una concepción lineal que apunta hacia la salvación o la condenación eternas.

Fíjense ustedes que, en otro sentido, la celebración de los misterios cristianos tiene siempre lugar en un tiempo circular. Creo que algo de lo más apasionante del catolicismo es ese cruce entre una concepción del tiempo lineal y circular, y ese tiempo circular se manifiesta eminentemente en la liturgia. Sin la celebración, rememoración y experiencia del nacimiento, la muerte y la resurrección de Cristo, me parece que perdemos un rasgo esencial del cristianismo y específicamente del catolicismo.

Ese tiempo circular de la liturgia acompaña el ciclo del día y también de las estaciones, y proviene, y esto es muy notable, desde la misma experiencia circular de las religiones antiguas. La plenitud de los tiempos que invoca San Pablo se cumple en la celebración ininterrumpida del tiempo que siempre vuelve. Ese tiempo se articula entre la Pascua que celebra el nacimiento de Cristo y la Pascua que recuerda y celebra su muerte y su resurrección.

Durante todo el tiempo de nuestra vida, ese don, regalo, gracia del Dios que vuelve, se mantiene abierto: es la dimensión del perdón. Más allá del dolor y el amor y el error, el don nunca nos abandona. Donde abunda el pecado, dice San Pablo, sobreabunda la gracia, y el hombre puede responder a esa abundancia dando gracias. Pero dar gracias significa que el hombre descubre el mundo que le toca vivir y a sus prójimos que son sus

hermanos en este mundo. Estando con ellos y dando a ellos lo que tiene; de la misma manera que Cristo dio su vida por los hombres y se queda entre ellos en el sacramento de la eucaristía. Este don, cantaba el coro de niños el día de mi primera comunión, no se lo dio Dios a los ángeles.

Ahora, si en cuanto hombres modernos, estamos amenazados de quedarnos sin memoria, desvinculados de nuestros antepasados y de nosotros mismos y de toda perdurabilidad, todavía, si rompemos la angustia del tiempo lineal y sus argumentos, podemos volver a reencontrarnos con ellos, nuestros antepasados, y con nosotros mismos. El tiempo se suspende en el momento feliz, el momento feliz es lo que sabemos de la plenitud de los tiempos; ahí podemos ver y oír. Ver y oír un rito que siempre vuelve aún después que se han perdido los ritos y después que sólo somos capaces de ver y oír a través de imágenes y aparatos. Pero siempre podemos ver y oír de primera mano.

Hay la música que siempre vuelve, va, viene y se demora. El canto gregoriano, la misa y el ciclo litúrgico. Y Bach.

Pero lo que acontece en la liturgia y la música ¿no es acaso sólo una ilusión, una irrealdad? Esa pregunta nos lleva a esta otra: ¿No es acaso todo una irrealdad y no es Dios, a la vez, la suprema realidad y la suprema irrealdad? Quizás Dios no sea sino sólo una ilusión sonora, dice Cioran. Quizás haya Dios mientras dure la música, dice el mismo Cioran.

A uno, que es hombre moderno, descreído, pero no ateo, a veces le ha bastado entrar a una iglesia vacía para reencontrar el aire de lo perdido, y no es una insensatez decir que no es lo mismo una iglesia vacía que una sala de conciertos o una sala de cine vacía. Uno puede encontrar, aun en una iglesia vacía, el ámbito de una Presencia Real.

Si la experiencia religiosa es en su esencia esta pura aparición invisible, silenciosa, obstinadamente silenciosa, de lo sagrado, sin mediación alguna, la Iglesia católica, por debilidad, por indecisión frente a lo absoluto, o porque ha comprendido que los humanos no podemos soportar mucha realidad durante mucho tiempo, es una experiencia mediada, y no sólo por la Encarnación. Es una religión mediada, a veces demasiado mediada, a veces dulcemente mediada, a veces, supersticiosamente mediada, a veces escandalosamente mediada. Vivimos en este tiempo una sobreproducción de santos mediadores. No sólo nos dicen que podemos y debemos ser santos sino que podemos tener nuestros propios santos. Hay hoy santos para todos los gustos.

Recuerden la diferencia y enfrentamiento entre Moisés y Aarón. Durante la ausencia de Moisés, el pueblo se subleva. Aarón les da entonces un becerro de oro, un signo luminoso para que puedan adorar.

La Iglesia ha sido *aarónica*; puede que allí esté el secreto de su popularidad. Siempre ha sido capaz de hablarle al pueblo, a la mayoría. Quizá ha comprendido la estupidez humana, la buena estupidez, no la que se obstina y se niega a sí misma. Ha comprendido la infinita ternura que puede haber en esa nuestra estupidez, como decía Fernando Pessoa.

No sólo la Iglesia es mediada y mediadora. Para serlo ha reclamado tener un cuerpo; no lo ha rehuído, aunque haya reducido y traicionado el cuerpo humano y su deseo. No quiere que nos hagamos ilusiones; sabe que hemos salido y perdido el Jardín de las Delicias, pero sabe transar. Puedes apartarte un poco, puedes asomarte a las delicias, pero no quedarte.

Como es terrenal y temporal, y ese es otro de los secretos de la vigencia del catolicismo, ha recogido la tradición de los gentiles, particularmente de Aristóteles, de Séneca y Epicuro. La mayor parte de la moral católica y cristiana frente a la sexualidad proviene directamente de los estoicos.

Y al hacerse cuerpo, la Iglesia se ha hecho a su vez corporativa; corporativa y autoritaria. Ha construido un discurso racional y mediador frente a lo absoluto. Yo preferiría una liturgia larga y una teología leve. A su vez, la teología se ha hecho doctrina, enseñanza, desde la pretensión de su autoridad de la verdad. Quiere juntarlo y ordenarlo todo y ha terminado siendo lo que hoy se llama “pastoral”, que no es, la mayor de las veces, sino la manera de llamar a un activismo sentimental, lleno de buenas intenciones y prácticas sociales y devotas. Instrucciones para el buen comportamiento de la grey.

Esto ha debilitado el sentido de la liturgia y hasta el de la teología. Para hacerse entendible a todos, ha abandonado la lentitud propia del rito, vulgariza, bastardiza la música; la prédica del evangelio se convierte en amenaza de condenación o en reflexión sentimental. Hay sermones y prácticas para todos los gustos: conservadores, liberales, corporativistas, activistas sociales, productores de bienes y servicios. Se atiende a todos los sectores del “mercado” católico y, sin embargo, detrás de tanta intermediación hay siempre un mensaje amoroso: la afirmación profunda de que el mundo es bueno, profundamente bueno. Detrás de la decadencia, y a pesar de la contradicción y de la miseria, siempre sale el sol, todo vuelve al final a estar en donde estaba, el mundo es fundamentalmente bueno.

Entonces, ¿qué me duele?, ¿qué me aparta?, ¿por qué, como dice el título de mi exposición, me resisto a aceptar las consecuencias del catolicismo? Intentaré decirlo brevemente, tratando de no callarme nada.

En primer lugar, me resisto a que se haya opuesto y condenado a todas las formas modernas de autonomía. Una vez que se rompe el prodi-

gioso intento de una comprensión del mundo que se sustentaba en la interpretación que hacía la autoridad de los autores antiguos, para que se viviera, al menos doctrinariamente en la plenitud de los tiempos, cada esfera de la actividad humana reclamó y exploró su propia autonomía.

El mundo moderno pasó, al lado o en contra de la Iglesia, del ejercicio o comentario de la autoridad, al ejercicio real de la autonomía. El paso de la autoridad a la autonomía, que es, al mismo tiempo, la recuperación de la autonomía que invocaba Aristóteles, hace la diferencia central entre el mundo moderno y el antiguo mundo católico. La Iglesia, hasta hace poco, se ha opuesto a esa autonomía. Aún a mediados del siglo XIX el supremo pontífice Pío Nono condenó a la democracia, a la ciencia, a los derechos del hombre. No hace muchos años yo oí a un hombre al que he querido, profesor y teólogo católico, convertido en su tiempo en la “autoridad” de los jóvenes católicos de derecha, ridiculizar los derechos del hombre y decir que “sólo existen los derechos de Dios”.

Hasta el papado de Juan XXIII rezábamos al pie del altar, al final de la misa, literalmente: “por la conversión de Rusia y de los pérfidos judíos”. La autoridad papal consagrada por el dogma de la infalibilidad ha sobrepasado permanentemente a la opinión de la comunidad de la Iglesia, si exceptuamos el papado de Juan XXIII, el que a su vez también sirvió para que algunos debilitaran la tradición “lenta” de la Iglesia y la convirtieran en activismo social.

Hasta mediados del siglo XIX condenó al liberalismo, que, como veremos, no es una doctrina, sino una actitud frente al mundo. Condenó al pensamiento de Marx; no distinguiendo entre el comunismo vulgar, la agitación política y las grandes observaciones del pensamiento de Marx, calificó al marxismo, sin distinciones, como “intrínsecamente perverso”. Pensadores como Walter Benjamin son todavía prácticamente desconocidos entre los católicos.

Al pensamiento moderno, en general, lo condenó y le puso una etiqueta: “modernismo”. Frente a esto hay que reconocer que ha tenido cierta comprensión, que ha ido creciendo también desde mediados del siglo XIX, particularmente con las encíclicas de León XIII sobre los problemas sociales del mundo moderno, y que ha dado origen a lo que conocemos como: “Doctrina Social de la Iglesia”. La Doctrina Social de la Iglesia es, en suma, un ejercicio permanente del justo medio aristotélico aplicado a los nuevos problemas sociales. Nada más ni nada menos.

¿A qué otra cosa me resisto? Me resisto a la condena general del deseo, que la Iglesia ha confundido, muchas veces, con la concupiscencia;

y en esto se aparta de Aristóteles que muestra toda la ética como una ordenación de los deseos. Para todos mis coetáneos, el deseo sólo fue el sexual. No sólo lo contrarió en su origen; no sólo nos hizo pasar por alto que ese deseo es la raíz de todos los deseos y así, como dice Diego Maquieira en un poema: “Nos hicieron malos para la cama, nos redujeron a ser niños buenos”.

También se explica así el apego obsesivo a la “doctrina”, que esconde, en general, la indiferencia que el catolicismo mantiene hasta hoy día, con algunas excepciones, frente a toda creatividad auténtica moderna. La música de un creyente como Oliver Messiaen es una excepción y ni siquiera conocida por la generalidad de los católicos. Las clases católicas pudientes de nuestro país alcanzan, con suerte, a la música de Rachmaninoff o a un abono para la temporada de óperas italianas.

En mis años escolares, aunque yo guardo un recuerdo cariñoso y agradecido de mi colegio, el de los Padres Franceses de Valparaíso, *nunca* me recomendaron que leyera un libro; *nunca* me dijeron que fuera a un concierto. Descartes, Kant y Hegel fueron despachados en dos clases como idiotas y causantes de los males modernos. Esto no ha cambiado del todo. Todavía a los alumnos de Derecho de la Universidad Católica les dicen que Kant es un relativista. Para intentar remediar esto, próximamente en este ciclo, un profesor de filosofía católico y de primera categoría se encargará de demostrar lo contrario. Debo decirles que soy profesor de la Universidad Católica desde hace 36 años.

La condena del deseo ha apartado a muchos jóvenes de la Iglesia; con ello los ha apartado del cristianismo y de la creencia en el fenómeno humano originario que es el fenómeno religioso.

Ejerciendo esta tarea educadora y como la llamaría Sloterdijk “amansadora”, aparece la extraña y ambigua figura del sacerdote, que por un lado consagra y por el otro enseña. Representa lo sagrado y, al mismo tiempo, se convierte en “director espiritual”. Hay directores espirituales para todos los gustos y se disputan el mercado de la juventud. No resisto citar a William Blake, el poeta y visionario inglés de 1800: “Así como la oruga elige las hojas más tiernas para depositar sus huevos, así el sacerdote escoge las almas más puras para lanzar sus maldiciones”. Afortunadamente hay excepciones, conocemos excepciones y quizás más de las que yo creo. Ustedes me permitirán que esta noche nombre a dos: al padre Rafael Gandolfo, muerto hace casi 20 años, que nunca confundió la filosofía con la religión; y a nuestro querido amigo Beltrán Villegas, que ha venido varias veces a esta casa y que acaba de cumplir, en plena lucidez, 84 años. Me atrevo a decir que casi todo lo que he dicho aquí, quizás lo compartiría

Beltrán Villegas. Sin sacerdotes como ellos, es muy posible que ahora no tuviera el menor interés por la fe en que nací y en la que espero un día morir.

En general, hay un “airecito” de estar en la verdad, y me parece que detrás de ese “airecito” se esconde una insoportable arrogancia disfrazada de humildad y una falta genuina de interés por la contradictoria condición humana.

Otros dos puntos finales de obstinada resistencia. Uno es la utilización, que hacen frecuentemente los católicos, de todos los medios y los bienes que ofrece el mundo liberal, particularmente el capitalismo. No sólo pienso en los bienes materiales que el capitalismo liberal ha hecho crecer de manera explosiva, sino en todos los bienes o derechos sociales; bienes y derechos sociales, que en su mayoría han provenido del mundo no creyente.

Lo que hoy entendemos como los derechos humanos, derechos del hombre, libertad de conciencia y pluralismo político, han tenido su origen fuera del catolicismo; pero afortunadamente éste ha terminado por incorporarlos a su doctrina. Es su extraordinaria capacidad para combatir los hechos nuevos, y después de un largo tiempo, ir dándoles un lugar y terminar haciéndolos suyos, como si el catolicismo los hubiera implantado.

No creo que en esto haya un hipócrita cinismo, como tampoco creo que haya cinismo en algunos intelectuales que fueron abiertamente izquierdistas en los años 70 y que hoy en día son abiertamente liberales. Más bien, creo que ésa es una muestra de sensibilidad positiva, pero no podemos olvidar que esos bienes vinieron desde fuera del cristianismo. No puedo dejar de decir, sin embargo, que durante los años de la dictadura, la actitud valiente, realmente cristiana de la Iglesia chilena, encarnada en la figura del Cardenal Silva Henríquez, no será olvidada. Que su figura todavía sea atacada en algunos círculos católicos es algo terrible, y, no digo escandaloso, porque ésta no es la hora ni el tiempo de escandalizarse de nada.

Y un último punto: es frecuente entre los católicos hablar permanentemente de los “valores”. Se pronuncia “valores” con un acento especial. Con una gran O, valooooores. Se educa a los hijos en colegios en donde haya “valores”. Los alumnos sólo pueden tomar clases de profesores que tengan “valores”, y se ignora que la pérdida de todos los valores es la principal característica del tiempo moderno. Esa pérdida es la que se conoce genéricamente con el nombre de “nihilismo”.

Predicar los antiguos valores, intentar practicarlos y, al mismo tiempo, defender incondicionalmente la libertad del mercado, por ejemplo, es una contradicción. Como ha dicho recientemente un pensador inglés, John

Gray, que ha publicado varios artículos en nuestra revista: “Nada disuelve más los valores que el mercado”. Si hablo entonces de resistir es para defender esos antiguos valores. ¿Cómo reconocer el cambio que han tenido, por ejemplo, la forma que tiene hoy la familia, sin destruirla? Todo se hace hoy más cambiante, más rico en matices, más exigente. Si denostamos el divorcio, no protegemos a la nueva familia. Por otra parte, si otros sectores católicos denuestran el mercado, no permitimos el crecimiento económico.

¿Cómo cuidar nuestras instituciones para que sean más justas y flexibles? Aquí no nos sirve la doctrina, sino esa permanente deliberación abierta de lo que puede ser bueno o malo para el hombre y que Aristóteles llamó “phronesis”, que traducimos por “prudencia”.

De vuelta a Aristóteles, entonces; pero no al Aristóteles de una escolástica fosilizada. Ese cuidado permanente de la vida es parte de lo que llamo “resistencia”, pero no la agota, porque hay que resistir siempre.

Veamos ahora que nos ha atraído, para bien y para mal, lo que llamamos liberalismo.

A diferencia del catolicismo, el liberalismo es una realidad muy difusa, de múltiples formas. Fíjense ustedes que no hablamos de catolicismo, sino desde que éste se siente amenazado o superado por la erupción de los tiempos modernos. Lo que propone Lutero, más que una herejía, es establecer una relación no mediada con las Sagradas Escrituras. La aparición del capitalismo propone la existencia y el crecimiento autónomo del dinero. Machiavelo propone a un príncipe que sólo se guíe por los intereses de su reino. Así, podemos llamar muy ampliamente liberalismo a la liberación de todas las formas del saber y del hacer de una autoridad que las contenga y las armonice. La liberación de la conciencia de toda culpa originaria en Rousseau y la comprensión de la sociedad política como un pacto de hombres libres que convienen en aceptar una autoridad que no viene de Dios, desde el mismo Rousseau y Locke, constituyen desde el siglo XVIII, el núcleo de lo que hoy llamamos liberalismo.

Pero me parece más propio, por lo amplio del término, que hablemos de una *actitud liberal*, o de la aparición de un hombre moderno que cree en la necesidad de las instituciones y tiene, al mismo tiempo, una mirada irónica de ellas; que respeta la autoridad, no rompe con ella, pero mantiene, digo, esta irónica distancia.

Pienso en Erasmo, en Montaigne, en el mismo Cervantes, de quien me gustaría hacer un día una lectura liberal. Cervantes hace decir las cosas más osadas que piensa a un loco y a su siervo amigo. En Shakespeare

simplemente estallan y toman su lugar todas las formas posibles de las pasiones humanas. Como estos autores escriben antes de que se constituya lo que hoy llamamos generalmente liberalismo, es que prefiero hablar de una actitud liberal, de la que nace todo liberalismo genuino.

También prefiero remontarme al sentido que tiene en nuestro idioma la palabra “liberalidad”; en el antiguo español, la liberalidad es una virtud del alma abierta, generosa, grande, tolerante. Es una forma específica de la bondad. Pero la liberalidad y el liberalismo suponen haber salido del estado de necesidad, del mero vivir de la mano a la boca.

Así, lo que ahora entiendo por liberalismo es una forma de vida todo lo abierta que se quiera, pero que es propia de los que tienen ciertos bienes básicos. Aunque el liberalismo se haya preocupado en su momento de los pobres. Podemos discutir con buenas razones que una expresión del liberalismo como es el capitalismo, ha hecho salir a muchos pobres de la extrema pobreza, pero esa apasionante cuestión queda fuera de esta conferencia.

El liberalismo no nace de los pobres, a diferencia del cristianismo que se origina entre los pobres y nos pide no sólo acercarnos a ellos, sino hacernos pobres como ellos. Quizás de ahí venga el origen de la distancia histórica entre cristianos, específicamente católicos y liberales; y aunque es evidente que algunos señores liberales hayan procurado algunas formas de vida más holgadas, eso no alcanza a borrar esa diferencia esencial del origen.

El liberalismo no existe como doctrina; no tiene una autoridad que la establezca; no pretende una verdad ni un camino de salvación; tampoco es una promesa de felicidad; a lo sumo, es una promesa de bienestar. Creo que una gran parte de las críticas que hacemos al liberalismo se debe a que le pedimos más de lo que el mismo promete dar.

En otro ciclo de conferencias recordaba Agustín Squella al político español Azaña, que solía decir que la democracia, manifestación esencial del liberalismo, no nos hace más felices, sino simplemente más humanos. Así podríamos atribuir al liberalismo esto: un proceso de recuperación y ejercicio de la autonomía en el campo político, económico, intelectual y moral. Un liberalismo es real, sólo si es política, económica, intelectual y moralmente liberal, es decir, abierto y tolerante. La actitud liberal no se agota en la libertad de los mercados.

En este amplio sentido, el liberalismo ha significado una gigantesca expansión de las posibilidades humanas. Asume que vivimos en una sociedad en que tenemos que atrevernos a ser libres y tratar de entendernos entre nosotros. Supone, entonces, poner, por lo menos, entre paréntesis las

enseñanzas de la Iglesia. Quien no se sienta capaz de vivir esta búsqueda abierta, no doctrinaria, es preferible, decía Max Weber, que vuelva tranquilamente a las iglesias tradicionales.

Sin embargo, el liberalismo, si cabe hablar de liberalismo, reconoce y defiende la permanencia de las instituciones y quiere hacer una sociedad más humana desde esas instituciones. Acepta por eso una autoridad, siempre que no sea autoritaria ni invasora. Lo que suele llamarse, con un término equívoco y generalmente cargado de odiosidad, neoliberalismo y entendido como la aceptación del poder omnímodo del mercado, no está presente en ninguno de los grandes pensadores liberales, que siempre han mantenido una preocupación real por el papel que en la sociedad le pertenece al Estado. Se dice que la señora Thatcher en la plenitud de su poderío dijo un día: “Y la sociedad, ¿qué es eso de la sociedad?”, pero algunos han dicho que fue una broma y que hay que entenderlo en un contexto, por lo demás, ella no era ninguna filósofa, sino una eficiente cabeza de gobierno en un momento dado.

El liberalismo sólo aplicado al mercado es un utopismo, un utopismo muy cercano al utopismo comunista, y comparte con él un cierto fatalismo; fatalismo del que triste y miserablemente se aprovechan sólo aquellos que controlan el mercado o el poder. Un liberalismo cabal, como lo ha dicho en estas reuniones otras veces Agustín Squella, quiere una expansión incesante de todos los campos de la libertad. Esa imagen, nos decía Agustín, le viene de un poema de Reverdy en que habla que el caminante, cuando camina, empuja el horizonte. Ésa sería la metáfora última, poética, de la actitud liberal.

Si lo más humano en el hombre es la bondad y la locura, el liberalismo está lejos, no pretende llegar a lo más humano del hombre. El liberalismo tampoco es glorioso, en el sentido que viene de la palabra griega “luz”.

Tampoco es cierto que quien se diga liberal sea necesariamente un hombre libre y, mucho menos, un hombre de espíritu. Heidegger, para volver a él, le reprocha al liberalismo lo que llama su falta de decisión, su pluralismo, su falta de transparencia. Pero eso es precisamente lo que aprecio del liberalismo y me distancia de Heidegger; porque cada vez que queremos construir una sociedad más cerca de Dios, de la verdad o del ser, el primer condenado es el liberalismo. Heidegger diría en su lenguaje que el liberalismo no es ontológico, que es sólo óntico. Ciertamente, es muy óntico, y de eso precisamente se trata. Sólo propone una sociedad abierta, plural, tolerante.

No pretendemos que la experiencia extática, que la profundidad del alma o su abismo entren directamente en el cuerpo social. La actitud liberal

no es heroica. Sin embargo, puede serlo frente al abuso de una dictadura que la amenace. Recuerdo el día en que un coronel entró con dos pistolas a las cámaras españolas, y ese mismo día el rey de España salió a la calle tomado del brazo de Carrillo, presidente entonces del Partido Comunista y el coronel tuvo que volver a su regimiento. Hasta ahí puede llegar el heroísmo liberal. Hay, sin embargo, siempre, inquietante, un malestar que parece irremediable en la cultura en nuestro tiempo. Pero el liberalismo no puede impedir ese malestar.

La historia entendida como un proceso, un progreso, como un desarrollo que sólo puede medirse en términos relativos, nos hace preguntarnos hacia dónde vamos, o acordarnos de la palabra de Hölderlin: “somos una señal sin sentido”. Pero quiero insistir, esa pregunta escapa a la pretensión liberal. El liberal es siempre un irónico; sabe una cosa: que los problemas humanos no tienen *una* solución. Un alma liberal se estremece ante toda “solución total”, ante toda reducción forzada del Todo al Uno.

¿Qué resistimos entonces del liberalismo? Su tendencia a la desmesura, al fatalismo de la libertad, al economicismo de las economistas que creen en las leyes del mercado como si Yahvé se las hubiera revelado a Milton Friedman en un patio de la Universidad de Chicago. También resisto que en las sociedades liberales todo sea posible: el *anythings goes*. Rechazo, me resisto a dar por establecida su alianza con la democracia y el capitalismo; ése es un tema pendiente e inagotable, dice John Gray. La distancia entre los imperativos del capitalismo y los requisitos de una sociedad estable están aún por establecerse. Ésa sería la gran tarea que nos espera. Lo que más detesto es que algunos liberales terminen por creer que tienen la razón; porque un liberal que crea tener la razón, no logrará nunca conmover a nadie. No sé si he logrado mostrar a algunos de los jóvenes acá cuál es el alcance, lo decisivo, lo innegable del liberalismo. No espero que se conmuevan, sólo espero que no lo condenen por sus manifestaciones más simplistas o groseras.

Rechazamos que la libertad se reduzca a la libertad de comprar y, sobre todo, al hombre que la sociedad capitalista ha producido: el burgués, ese ser satisfecho que dice que cree y cree en nada.

Resumamos: se puede *ser* católico, no se puede *ser* liberal. El catolicismo antiliberal y todo autoritarismo ha atacado la debilidad del liberalismo, pero lo que nos ha propuesto y lo que nos han dado es algo mucho peor. Nos quedaríamos, entonces, con un liberalismo leve, amante de la libertad, que no se proponga grandezas, pero vigile la desmesura, que se

atreva, además, a ser genuinamente aburrido. En una conferencia universitaria Brodsky hizo el elogio al aburrimiento. La vida de la sociedad nos propone dos cosas: o entretenernos o aburrirnos; aburrirnos es el comienzo de comenzar a saber. En el aburrimiento podemos suspender nuestra existencia afanada, podemos aprovechar que no nos apuran, podemos aprovechar que nos dejen espacio. Cioran, que era tan duro, decía que prefería la mediocridad de la sociedad burguesa a la sociedad comunista, de la que él venía. Por lo menos, decía, el liberalismo y el capitalismo nos dejan ser pobres sin molestarnos.

En su multiformidad, en su esencia diseminada, al abrir todas las posibilidades, he pensado que el liberalismo podría ser una versión secular, degradada, aceptable, histórica de la proposición cristiana. El catolicismo diría: la unidad armónica del Todo ofrecida a todos, si aceptan. El liberalismo diría: todos los bienes ofrecidos a todos, si quieren y pueden, pero son sólo los bienes de este mundo. Lo que ha cambiado es el bien ofrecido. En el caso del cristianismo es la oportunidad de encontrar aquí y en el más allá la eternización de la vida buena, el bien supremo, la bienaventuranza. En la sociedad liberal, una promesa de libertad terrenal ofrecida a todos. ¿No hay también entonces en la actitud liberal una decisión y también un querer?

Se ha dicho que todo individualismo es egoísta, en cuanto, por un lado, apuesta al individuo. Este individualismo liberal, cito a Cioran de nuevo, al dejar al hombre sin misterio, sin absoluto, lo encierra en sí mismo y lo aparta de sus profundidades. Pero si hablamos de autonomía, hay una natural correspondencia entre la autonomía de cada uno y la autonomía de la sociedad. Una sociedad de seres autónomos es una sociedad autónoma. Pero la autonomía individual es inseparable de la pertenencia al cuerpo social.

La sociedad democrática capitalista hasta ahora no ha podido crear políticas para abrir una libertad genuinamente liberal. Estoy pensando, por ejemplo, en la concepción contemporánea, liberal y vigente de la educación. Se considera a la educación, y en todos los países del mundo, como una inversión rentable. El argumento neoliberal para favorecer la educación es que la educación produce altos retornos. Se ha considerado que la educación sirve para capacitar, para competir en una sociedad que premia a los capaces de producir bienes medibles. Pero esa sociedad así todavía es una sombra de la sociedad liberal a la que podemos aspirar.

Habría que cambiar dentro de ella el énfasis en las maneras de estar el hombre en el mundo. Hay que defender otra manera de vivir, la resistencia. Pienso en una reforma radical de la educación, que no sólo capacite mejor, sino que libere el espíritu. ¿Puede hacerlo espontáneamente la so-

ciudad? Si creemos que es una equivocación cambiar el mundo en el sentido de los autoritarismos, ¿cómo será posible, entonces, cambiar la vida y el sentido del tiempo dentro de la sociedad? ¿Habrá que crear, dentro de la sociedad, amistosos grupos de resistencia? Pienso en la insustituible amistad. Pienso en la comunidad que se establece entre quienes quieren vivir bien.

Y los hombres libres, finalmente, deben participar en la vida pública; deben participar en la vida política ¿Cómo? ¿Cómo entendernos hoy con la política y con los políticos? Eso está ya mucho más allá del objetivo de lo que yo quería decir. Pero si ustedes me permiten, finalmente voy a dar algunas notas sobre lo que llamo yo “la resistencia”.

Habría un primer nivel de resistencia: no aceptar la desmesura; ni la desmesura católica, ni la desmesura liberal. Pero habría un nivel último, un centro de resistencia obstinada, un núcleo esencial de descontento que nunca puede abandonar al ser humano: ir siempre aguas arriba, río arriba, capacidad de resistir; ni pesimistas, ni optimistas, trágicos o irónicos; sostenedores de la experiencia de los mundos felices, de los momentos felices; sostenedores de lo que significan en la vida los momentos felices, y no de las certezas; lo que llamaría “un desengaño activo”. Thomas Bernhard dice que sólo cuando una y otra vez nos hemos dado cuenta que el todo y lo perfecto no existen, sólo entonces tenemos la posibilidad de seguir viviendo. Hay que amar, entonces, dice Bernhard, lo que hay de desvalido en las cosas, lo que hay de desvalido en la Iglesia, lo que hay de desvalido en la sociedad liberal.

Así: aceptar que en una sociedad religiosa hay pocas almas religiosas. Nietzsche decía: “En todas las religiones el hombre religioso es una excepción”. También en la sociedad liberal hay pocas almas liberales. Entonces, y aquí quiero terminar, desde la experiencia de lo sagrado habría que remontar la corriente de lo que llamo “el *establishment* religioso”. En las palabras de Kierkegaard: “¿Cómo me vuelvo cristiano dentro del cristianismo?”.

Y en cuanto al liberalismo, desde la experiencia de la vida autónoma habría que remontar la corriente de lo que podríamos llamar “el *establishment* liberal” así como hablábamos del “*establishment* cristiano”. Pienso, ahora, en el testimonio y en la obra de una gran mujer, una gran pensadora liberal que se opuso, dentro de la sociedad liberal a todos los abusos y confesó todos sus amores. Un día, deberíamos, en este lugar, dedicarle más que una conferencia. Pienso en Hannah Arendt.